



03

Guadalupe Jover

Leer en la  
adolescencia



JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN

03

## Leer en la adolescencia



1

Nuestro terreno de juego

4

2

Para empezar: ¿con qué contamos?

5

3

Partir de cero: para los  
siempre lejos de los libros

8

4

Línea 1: Fantasía y aventuras

9

5

Línea 2: Detectives, criminales, monstruos

11

6

Línea 3: Como yo

12

7

Línea 4: En guerra

15

8

Línea 5: Novela gráfica

16

9

Línea 6: Libros informativos

17

10

Línea 7: De Bécquer  
a Szymborska

18

11

Línea 8: ¡Al teatro!

19

12

Libros y pantallas:  
viajes de ida y vuelta

20

13

Para concluir:  
procurar entornos lectores

23

« ¡Qué difíciles son las adolescencias!» Cuántas veces no habremos oído -o repetido- esta expresión. Edad difícil para quien la atraviesa y edad difícil también para quien ha de acompañar desde la sombra este delicado tránsito en que niñas y niños -hasta hace poco dóciles, cariñosos y comunicativos- parecen transmutar en otra especie.

Empecemos por reconocer entonces que sí, que la adolescencia es una edad difícil. Que padres y madres no sabemos, a menudo, dónde situarnos. A mitad camino entre ese referente de autoridad al que no podemos renunciar y una deliberada complicidad no siempre bien recibida, es difícil acertar. Aceptemos estas dificultades de entrada para no cargarnos de una responsabilidad proclive a teñirse de culpabilidad. Asumamos, por tanto, que nuestro papel como mediadores entre nuestras criaturas y los



The girl who hated books



libros está limitado, ya de partida, a un lugar a menudo secundario. Y asumamos también, qué le vamos a hacer, que a muchos adolescentes no les gusta leer. No les gusta leer. Tampoco a muchos adultos. No desesperemos, pues.

Pero es verdad que muchas niñas y muchos niños han sido lectores voraces en su infancia. La narración oral de cuentos y mitos o la lectura en voz alta antes de dormir, la biblioteca de aula en la escuela, las colecciones y sagas interminables trazaban un itinerario que parecía no había de quebrarse nunca. Y sin embargo, apenas cruzado el umbral de los doce o trece años, a veces parece abrirse el vacío. Es cierto que nuestros adolescentes a menudo están zambullidos en una sopa mediática a la que no son ajenos los libros: películas, juegos de ordenador, series de televisión, páginas web que, antes o después, incorporan el objeto libro en su panoplia: en el momento de escribir estas líneas, ahí figuran *El diario de Greg*, *Canciones para Paula*, *Los juegos del hambre*, y un largo etcétera. Libros que consiguen atrapar a los lectores, pero que en poco -intuimos- contribuyen a su educación literaria. Aunque en esto, es verdad, hay criterios contrapuestos. ¿Se trata de que los adolescentes lean, lo que sea, pero que lean? ¿De que coman, lo que sea, pero que coman? Más allá de posturas apocalípticas o integradas, no debiera ser difícil llegar a puntos de acuerdo en torno a lo que dicta el sentido común.

## Nuestro terreno de juego

1

En estas páginas apostaremos por libros que no supongan tan solo un punto de llegada -«lo leí»- sino que inviten a seguir leyendo; que contribuyan, en definitiva, a desarrollar la educación literaria de nuestras hijas e hijos: aquellos que les ponen en condiciones de saltar a otros libros más complejos, o que les ayudan a hacer lecturas más complejas de lo que cae entre sus manos (detectando estereotipos, clichés, «puntos ciegos» en la trama argumental o en la construcción de personajes, miradas sobre el mundo teñidas de sexismo, o de clasismo, o de racismo).

Leemos siempre desde otros libros. No se trata por tanto de proscribir -porque es imposible poner puertas al campo-, sino de ofrecer otros títulos que iluminen por sí solos los flancos oscuros de lo que el mercado está llevando a las manos de los adolescentes: de la misma manera que no queremos ciudadanos sumisos sino críticos, no queremos lectores dóciles sino rebeldes, creadores también ellos.

Las posibilidades de intervenir son ahora mucho menores que en la infancia. El tiempo que dedican chicas y chicos a la lectura (... de libros), es mucho menor que antaño. No obstante, y más allá de lo que pueda quedar fuera de nuestro radio de acción- esos

inevitables cambios en la ocupación del tiempo libre, entre otras cosas y, sobre todo, esta tercera gran revolución cognitiva de la historia que estamos viviendo y que está desplazando el papel hegemónico del libro y su universo a las pantallas y sus nuevas formas de lectura, tan contrarias a lo que hasta ahora entendíamos, en sus contenidos y en sus formas, por «lectura literaria»-, ¿qué deberíamos conocer las familias sobre libros y lecturas para poder acompañar, siquiera sea desde la distancia, la biografía lectora de nuestras hijas e hijos?

No se nos escapa que cuando hoy, en la segunda década ya del siglo XXI, conjugamos el verbo *leer*, su significado se ha ensanchado con respecto a lo que por leer entendíamos hace apenas unos años. Leer hoy es hacerlo en papel y en soporte digital; es leer libros pero también leer periódicos y revistas, páginas webs y foros de internet; es leer para entretenernos pero también para informarnos y comunicarnos... Todo eso es cierto, pero probablemente quien como padre o madre quiere saber algo más sobre «Leer en la adolescencia», lo que espera conocer es un puñado de títulos -preferentemente de eso que hemos dado en llamar «literatura»- que puedan estimular, desarrollar, o no sofocar al menos, la afición de sus hijos a la lectura. Sea porque pensamos -y lo cierto es que no andamos en ello desencaminados - que el hábito lector suele acompañar un cierto éxito escolar; sea porque consideramos importante que nuestras hijas e hijos no corten amarras con todo un legado cultural que consideramos valioso; sea porque nosotros mismos disfrutamos de momentos insustituibles zambullidos en los libros -y aquí da lo mismo el soporte en que lo hagamos-, no somos pocos quienes compartimos conversaciones y recomendaciones acerca de lo que les podría gustar a esas criaturas que ahora ya parecen no aburrirse nunca. El aburrimiento forjó muchos lectores. También eso juega en contra nuestra.



## Para empezar: ¿con qué contamos?

2

Habremos de partir entonces de aquello con lo que contamos. Los puntos de anclaje parecen ser dos: las lecturas previas -sea *Harry Potter*, *Laura Gallego* o *Gerónimo Stilton*-: es decir, todo aquello que nuestros hijos han leído con fruición hasta el momento, por una parte; y el imaginario construido por las formas de la ficción audiovisual -series, películas y juegos de ordenador-, por otra. Porque si muy rara vez los adultos vamos del celuloide a los libros, los más jóvenes gustan de recorrer ese camino: el estar familiarizados con la trama argumental de alguna historia les allana las resistencias que la lectura sostenida supone para muchos: cuántos críos no habrán viajado desde *Troya*, la película, a alguna adaptación de la *Ilíada*; desde *El señor de los anillos* en la pantalla a la novela homónima de Tolkien, desde una serie de televisión a las aventuras que Conan Doyle escribiera sobre Sherlock Holmes. La educación literaria va a menudo de la mano de una buena educación cinematográfica.

Contamos también con algunos otros aliados: la escuela -la única institución a la que en esta edad se le reconoce alguna fuerza prescriptora (la capacidad de «mandar» leer)-; las bibliotecas -a las que convendría haber familiarizado a nuestros retoños desde muy pequeños, también con nuestro propio ejemplo-; y las pequeñas librerías. Y contamos con valiosísimas ayudas *online*, además de este extraordinario espacio de intercambio para «Familias lectoras en red»:

- En primer lugar, el portal Leer.es, que cuenta con una pestaña exclusivamente orientada a las familias con interesantes recursos.



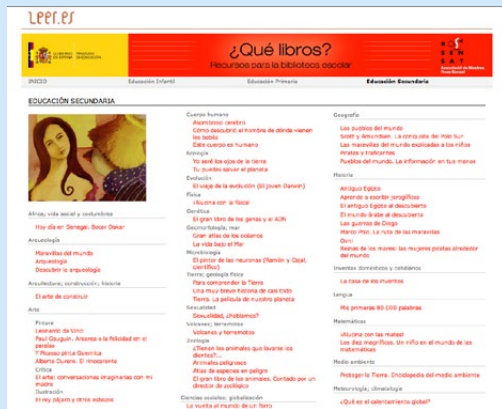
- En segundo lugar, el de instituciones como la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, impulsora junto a la Federación de Gremios de Editores de España del Servicio de Orientación de Lectura. En su página web, <http://sol-e.com/>, encontramos una amplísima selección de buena literatura infantil y juvenil clasificada en función de distintos parámetros de búsqueda (temas, edades, etc.) y con excelentes presentaciones -resúmenes, fragmentos, etc.- dirigidas a un doble receptor: los jóvenes lectores y los mediadores adultos.



- En tercer lugar, y para quienes «se atrevan» con el catalán, recomendamos también la página web del Seminari de Bibliografia Infantil i Juvenil de l'Associació de Mestres Rosa Sensat: en ella se recogen aquellos títulos que destacan bien por su calidad literaria o bien por su calidad científica, explicando qué interés y posibilidades brindan para una determinada franja de edad. De dicha selección se hace eco el portal Leer.es en esta dirección que recomendamos vivísimamente, especialmente para cuanto tiene que ver con el libro informativo:

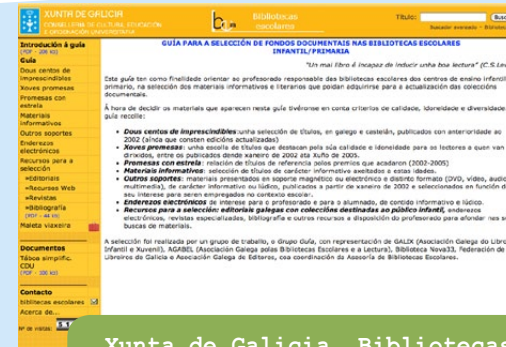


Seminari de Bibliografia Infantil



Leer.es Educación Secundaria

- Una estupenda guía para la selección de libros la encontramos, en gallego, en el portal de bibliotecas escolares de Galicia. En la página figuran además suficientes enlaces como para que las familias con inquietudes puedan seguir navegando por la red en busca de puertos seguros y atractivos.



Xunta de Galicia. Bibliotecas escolares

- Por último, y asumiendo que es mucho lo que nos dejamos en el tintero, también pueden sernos de gran utilidad las recomendaciones de las revistas especializadas en literatura infantil y juvenil: *Babar*, *Imaginaria* y *Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil*.



Revista Babar

Imaginaria

Cuadernos de Literatura Infantil

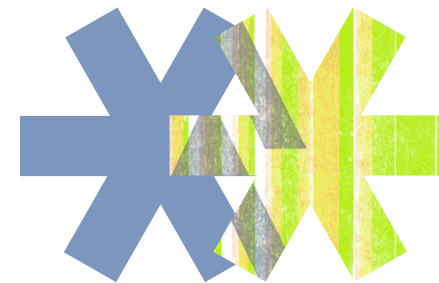


## Partir de cero: para los siempre lejos de los libros

3

**P**ero empezamos, antes de entrar en ello, con los «nada lectores». Con quienes no aguantan más con un libro entre las manos de lo que aguantan con la respiración contenida sumergidos en una piscina. No es fácil lograr «conversos» a estas alturas, pero podemos intentarlo. Y no desdeñemos, entre quienes aún «se dejan», la posibilidad de seguir leyéndoles en voz alta. Como quien amante de la música es incapaz de interpretar una partitura, así a veces los adolescentes necesitan, en sus primeros momentos, de un vínculo afectivo fuerte y de una ayuda adulta para adentrarse en territorios que quizás les oponen obstáculos que se les antojan insalvables. ¿Con qué libros intentarlo? Hacia los doce o trece años -hagamos arrancar de ahí lo que entendemos por «adolescencia»-, podemos poner al alcance de su mano (o de su oído) *Charlie y la fábrica de chocolate* o *Matilda*, de Roald Dahl; *Ben quiere a Ana*, de Peter Härtling; *Ulrico y las puertas que hablan*, de Carlo Frabetti; *Intercambio con un inglés*, de Christine Nöstlinger; *El pequeño Nicolás*, de Sempé y Goscinny; *Hoyos*, de Louis Sachar.

Si nuestras hijas e hijos andan ya en torno a los trece, catorce o quince años, quizá puedan «estrenarse» con la serie de *Flanagan*, el detective creado por Andreu Mar-



tín y Jaume Ribera; *Los amores lunáticos*, de Lorenzo Silva; *El diario de Ana Frank*; o una novela gráfica como *Maus*. Estamos hablando, no lo olvidemos, de títulos que pueden abrir las puertas a los nada lectores (y que son, sin embargo, títulos que no les faltan al respeto. Títulos que pueden llevarlos además más allá, el día de mañana, del *best seller* de turno).

Cuando cruzan la frontera de los dieciséis es ya bien difícil que quien no ha sido nunca lector esté dispuesto a correr riesgos y aventurarse en las páginas de un libro. Suele ocurrir -lo dicen encuestas y estudios- más bien lo contrario: es el momento en que muchos adolescentes hasta entonces lectores comienzan a tomar distancia con los libros. Debido en no pocos casos a la presión de las tareas escolares, algunos mantendrán esa desafección ya de por vida, mientras que otros «se recuperarán» apenas alcanzados los dieciocho. No desesperemos tampoco si nuestros hijos dejan de leer súbitamente al acabar cuarto de ESO. Pero no demos tampoco por perdida esta carrera. En cualquier caso, algunos libros que pueden enganchar a los no lectores en este momento pueden ser *Monstruo de ojos verdes*, de Joyce Carol Oates; *Colmillo Blanco*, de Jack London; *Si esto es un hombre*, de Primo Levi, o el incombustible Sherlock Holmes.

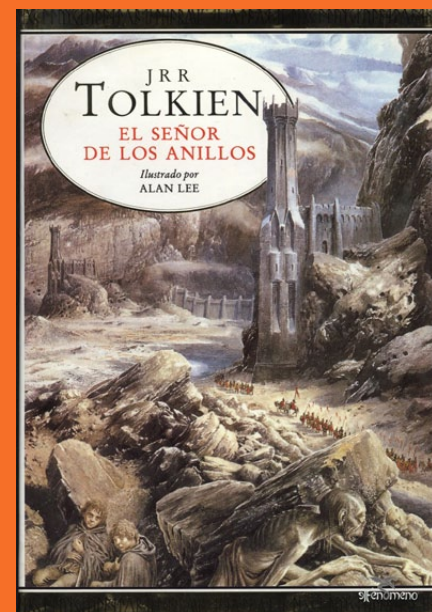


## Línea 1: Fantasía y aventuras

4

Dicho esto, volvamos a nuestra idea inicial de trazar itinerarios temáticos o de género -aquellos, en definitiva, centrados en el radar de búsqueda del lector y no en el etiquetado del filólogo- para que cada uno de nosotros podamos, en función de los gustos de nuestras hijas e hijos, sugerirles algún título que, perteneciendo a la órbita en que se mueven, les ayuden a crecer como lectores y a salir de la burbuja en que a menudo se recluyen.

Empecemos por los géneros que más los subyugan en la primera adolescencia: los libros de fantasía y de aventuras. Quienes han leído ya *Harry Potter*, o *Las memorias de Idhun* de Laura Gallego, o *Las crónicas de la torre* de esta misma autora; quienes han devorado *Eragon*, de Christopher Paolini, están quizá en condiciones de adentrarse en las páginas de *El señor de los anillos*, de Tolkien, *La historia interminable*, de Michel Ende o *Las crónicas de Narnia*, de C. S. Lewis. Bien es verdad que en estas edades el más poderoso estímulo hacia los libros lo constituyen las elecciones del grupo de iguales, por lo que no es extraño que las preferencias oscilen de año en año en función de «modas» cuya gestación se nos escapa. Estos lectores pueden «instalarse» en la literatura juvenil contemporánea -en cuyo caso podemos recomendarles los libros de Cornelia Funke, Joan Manuel Gisbert o Philip Pullman-, saltar a los clásicos de la literatura juvenil, quizá a través de adaptaciones -*La isla del tesoro*, *Los tres mosqueteros*, Salgari-, o evolucionar hacia la literatura fantástica de adultos que no es otra que la ciencia ficción: Ray Bradbury (*La bruja de abril y otros cuentos*, *Crónicas marcianas*), Isaac Asimov o Philip K. Dick (esto ya, obviamente, en años venideros)



Vayamos con algunos títulos posibles:

- **El último mohicano:** Ojo de Halcón, un blanco criado entre indios, escolta a las jóvenes Alicia y Cora al fuerte en el que las espera su padre. Para sortear los peligros del Salvaje Oeste, contará con la ayuda de Chingachgook y Uncas, el último indio mohicano.
- **Robin Hood:** El rey Ricardo Corazón de León se encuentra en las Cruzadas y Juan sin Tierra ocupa su trono, permitiendo que los nobles normandos castiguen con fuertes impuestos a los vasallos sajones. Robin Hood y un grupo de valientes compañeros se refugiarán en el bosque de Sherwood para combatir estas injusticias.

■ **Ivanhoe:** Ivanhoe es uno de los más bravos caballeros sajones, desheredado por sus amoríos con Lady Rowena y que busca rehabilitar su nombre. Tras combatir junto a Ricardo Corazón de León en las Cruzadas, a su regreso a Inglaterra se granjeará los odios de los principales caballeros normandos.

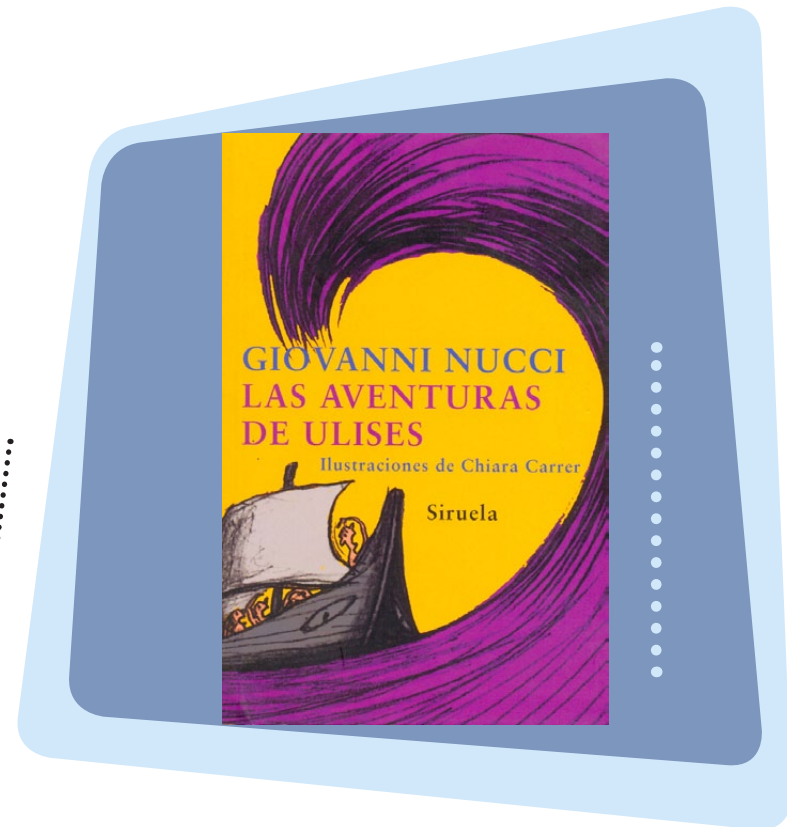
■ **El conde de Montecristo:** Edmond Dantès es un joven marino con un prometedor futuro, truncado precisamente el día de su boda al ser detenido por la denuncia de tres compañeros celosos de él por diferentes motivos. Tras pasar más de diez años en la prisión de If y encontrar un fabuloso tesoro en la isla de Montecristo, buscará venganza: una venganza tan cruel como minuciosamente planeada.

■ **Las minas del Rey Salomón:** Allan Quatermain es el mejor explorador y cazador de la misteriosa África. Sir Henry lo recluta para su mayor aventura, encontrar a su hermano desaparecido y descubrir el fastuoso tesoro de las minas del Rey Salomón. Para ello, deberán sortear los numerosos peligros del camino, que incluyen peligrosas fieras y fanáticas luchas tribales.

A quienes gusten de estos títulos no podemos dejar de recomendarles también todo Karl May, y Rudyard Kipling -**El libro de la selva**, lejos ya de Disney-, y **El prisionero de Zenda...** Y Homero, claro... De entre las muchas adaptaciones de **La Ilíada** y **La Odisea** recomendamos las editadas por Vicens Vives con los títulos de **Naves negras ante Troya** y **Las aventuras de Ulises** (en adaptación de Rosemary Sutcliff y con ilustraciones de Alan Lee). Una buena síntesis de ambas, entreverada a su vez con muchos de los mitos griegos es la publicada por la editorial Siruela con el mismo título de **Las aventuras de Ulises** y fruto de la pluma de Giovanni Nucci.

De aventuras también son muchos de los relatos que integran **Las mil y una noches** y que cuentan también con excelentes adaptaciones, como también las hay de leyendas y mitos de todas las partes del mundo. Nada mejor que huronear en una biblioteca para escoger con ciertas garantías la que mejor se ajusta a nuestras preferencias. Desde **Jasón y los argonautas** a **Simbad el marino** las posibilidades son infinitas.

Y terminamos con algunas «joyas» en este campo ideales para los doce o trece años: **Atalanta**, de Gianni Rodari; **El estralisco**, de Roberto Piumini; **Historia del rey Arturo y sus caballeros**, de Howard Pyle (o **Los hechos del rey Arturo y sus nobles caballeros**, de Steinbeck).



## Línea 2: Detectives, criminales, monstruos

5

Quienes gustan de los relatos de misterio pueden partir de la serie en torno al detective Flanagan, de Andreu Martín y Jaume Ribera, y pasar de ahí a las novelas de Agatha Christie o Sherlock Holmes. Presentemos brevemente cada una de estas tres líneas:

- **Todos los detectives se llaman Flanagan:** Johnny Flanagan es un detective de catorce años, al que sus padres castigan por llegar tarde a casa. Sus casos suponen una ventana a las distintas realidades sociales de la ciudad de Barcelona. Eso sí, a duras penas consigue completar sus investigaciones y ligar con las chicas, tal y como pretende.
- **Las aventuras de Sherlock Holmes:** el detective por antonomasia. Inteligente, frío, irónico, con un peculiar sentido del humor y una racionalidad extraordinaria. Tanto sus relatos cortos como sus novelas combinan las dosis justas de acción e ingenio detectivesco para garantizar el entretenimiento de los lectores.
- **Agatha Christie:** ajenos a la búsqueda de pistas, persecuciones o grandes proezas físicas, sus detectives se desenvuelven magistralmente en las conversaciones, en la búsqueda de las motivaciones de los individuos, la atención a los deslices y la consiguiente deducción lógica.

Para los muy «forofos» del género detectivesco siguen teniendo tirón los clásicos de Allan Poe (y su precursor Arsenio Dupin), Chesterton (*El candor del Padre Brown*), Gaston Leroux (*El misterio del cuarto amarillo*) o Maurice Leblanc. Más adelante se atreverán incluso con Patricia Highsmith (en cuyas novelas se respira la misma atmósfera que algunas películas de Hitchcock) o el contemporáneo Henning Mankell, sin olvidar el Carvalho de las novelas de Vázquez Montalbán o el Montalbano de Andrea Camilleri.

Finalmente, algunos desembocarán más adelante en la novela negra de Raymond Chandler o Dashiell Hammett que, lejos ya del «buenismo» de los detectives tradicionales, ofrecen tramas enrevesadas, protagonistas cínicos, *femmes fatales*, personajes despiadados y ambientes turbios.

Algunos jóvenes ya en torno a los quince o dieciséis años se deslizan desde la novela de detectives a la de miedo y terror, y ahí *El extraordinario caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde*, *Otra vuelta de tuerca*, *Drácula* y *Frankenstein* siguen siendo eslabones imprescindibles a los que llegar incluso a través de sus respectivas versiones cinematográficas. Dos libros vinculados a estos por flancos muy diferentes son *El vizconde demediado*, de Ítalo Calvino, y *A sangre fría*, de Truman Capote, siempre a medio camino entre la ficción y el reportaje periodístico.



## Línea 3: Como yo

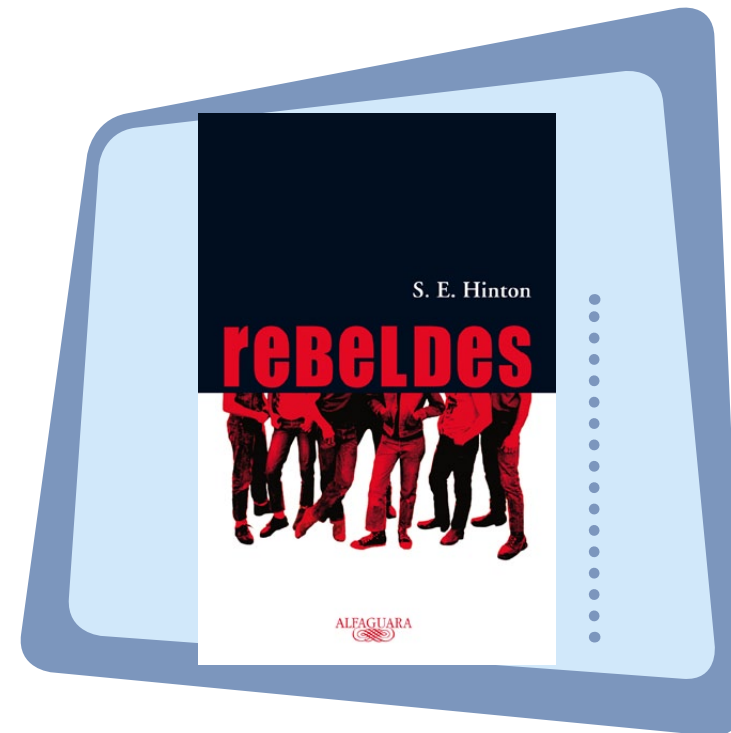
6

Hay sin embargo adolescentes que lo que prefieren ver reflejado en los libros es su propia realidad: su día a día en casa y con la familia, sus primeros amores, la relación con la pandilla, etc. Son quienes buscan en la literatura una suerte de espejo de sus propias dudas, inquietudes e incertidumbres y necesitan verse proyectados en los protagonistas de los relatos. Afortunadamente, contamos con autores muy sólidos en este ámbito que no caen en la concesión fácil a los tópicos de turno. Autores merecedores de que su obra figure en los catálogos de la literatura con mayúsculas.

Entre los extranjeros, destacamos a Christine Nöstlinger -cuya serie en torno a Gretchen, iniciada en *Una historia familiar*, es ya un clásico de la literatura juvenil contemporánea-; Peter Härtling -de quien recomendamos especialmente su delicioso *Ben quiere a Ana-*; Louis Sachar, con *Hay un chico en el baño de las chicas* o Susan Hinton -*Rebeldes* o *La ley de la calle-*. No podemos dejar de nombrar tampoco al genial Roald Dahl cuyas novelas, aunque escapan sin duda a la etiqueta de «novela realista», ofrecen por la vía de la fantasía y del humor un cuestionamiento crítico de las convenciones que rigen nuestra cotidianidad: *Las brujas*, *Matilda*, *Charlie y la fábrica de chocolate*, etc. Entre los españoles, recordemos a Elvira Lindo -*Manolito Gafotas* o *El otro barrio-*, Agustín Fernández Paz, Juan Madrid -*Cuartos oscuros-*, o Gonzalo Moure.

Aquí debíamos hacer un hueco también a los «diarios» adolescentes. Puesto que niñas y niños andan pasándose de mano en mano diarios más o menos «facilones» en la preadolescencia, podemos aprovechar la ocasión para poner en sus manos *El diario de Ana Frank* -que antes que un libro sobre el Holocausto es el diario de una niña de trece años que va consignando día a día sus cambios físicos y psíquicos, las dificultades de su relación con la madre, los titubeos de una primera atracción adolescente-, o el doble diario salido de la pluma de Isabel Clara Simó: *Raquel y Joel* (protagonizados ya por jóvenes en el último curso de bachillerato).

En cuanto a los libros que profundizan en las relaciones con el grupo de iguales, con la pandilla de siempre, es inevitable la referencia a algunos de los clásicos del género: *Las aventuras de Tom Sawyer*, *La guerra de los botones*, *No tengo miedo*, *Rebeldes*, *El señor de las moscas*.



**Las aventuras de Tom Sawyer**, de Mark Twain, y **No tengo miedo**, de Niccolò Ammaniti comparten un protagonista aún infantil -los dos andan entre los ocho y los diez años- que se va a ver desbordado en sus juegos infantiles por aventuras reales en las que incluso sus vidas corren peligro. Si Tom es testigo involuntario del asesinato del doctor Robinson a manos del indio Joe, Michele va a descubrir casi por azar en una casa abandonada un zulo en el que yace un muchacho maniatado. Uno y otro, Tom y Michele, habrán de vencer sus miedos para enfrentarse a unos enemigos que no parecen dispuestos a detenerse ante nada ni ante nadie.

Un importante conjunto dentro de este apartado lo constituyen las novelas centradas en enfrentamientos entre bandas rivales: desde un clásico de viejo cuño como **La guerra de las botones**, de Louis Pergaud a un clásico contemporáneo como el **Rebeldes** de Susan Hinton; de un Nobel del siglo pasado -William Golding y **El señor de las moscas**- a un Nobel del siglo XXI -Vargas Llosa y **Los cachorros**-.

Dentro de este itinerario de «novela realista» surgen antes o después dos bifurcaciones. Una de ellas es a la que, en consonancia con un trabajo ya publicado y citado más adelante, podríamos denominar «Sentirse raro». La serie podría inaugurarla **El guardián entre el centeno** con su transgresor arranque:

*«Si de verdad les interesa lo que voy a contarles, lo primero que querrán saber es dónde nací, cómo fue todo ese rollo de mi infancia, qué hacían mis padres antes de tenerme a mí, y demás puñetas estilo David Copperfield, pero no tengo ganas de contarles nada de eso. Primero porque es una lata, y, segundo, porque a mis padres les daría un ataque si yo me pusiera aquí a hablarles de su vida privada. Para esas cosas son muy especiales, sobre todo mi padre. Son buena gente, no digo que no, pero a quisquillosos no hay quien les gane».*



La maldición de los hoyos

Gran parte de la literatura adolescente contemporánea es deudora en su tono y en su estructura de la novela de J.D. Salinger.

También **Huckleberry Finn** es un adolescente «raro» a la búsqueda de sus propios códigos morales: baste recordar sus reflexiones cuando ha de elegir entre denunciar la huida del esclavo negro Jim, o transgredir las leyes y apoyar el anhelo de libertad de su compañero de escapada. Si tanto **El guardián entre el centeno** como **Huckleberry Finn** son adecuadas para quienes están ya en 4º de ESO, para quienes andan aún en el primer ciclo de la Secundaria nos atrevemos a recomendar **Plain City**, de Virginia Hamilton y **Hoyos**, de Louis Sachar. Nunca nos cansaremos de decir que ésta es una de las mejores novelas juveniles que haya caído jamás en nuestras manos, y que concilia, de manera asombrosa, la capacidad de subyugar a los adolescentes desde sus primeras páginas y su valor a la hora de desarrollar la capacidad de acceder a libros difíciles, complejos.

Y cerramos este pequeño itinerario con el libro emblemático por antonomasia de la transición de la infancia a la vida adulta: un libro que permite a los adolescentes «leerse» en clave metafórica; ver reflejados sus miedos y angustias, la eterna tensión entre el deseo de salir del regazo del hogar -cuando este es hospitalario- y el anhelo de explorar el mundo arrojando los riesgos de lo desconocido y el azote tal vez de quien está al lado. Nos referimos, qué duda cabe, a **Colmillo Blanco**, de Jack London.

El otro brazo de la bifurcación a que más arriba nos referíamos, la que se abre en la corriente de eso que hemos dado en llamar «novela realista», es la inevitable «novela de amor». Aludíamos antes a cómo entre nuestros hijos -y, sobre todo, entre nuestras hijas- circulan títulos como **El club de los corazones solitarios**, **Canciones para Paula**, **Crepúsculo**, **Tres metros sobre el cielo**, etc. Llegados a este punto de complicidad entre quienes en este momento estén al otro lado de la pantalla y quien esto escribe, habremos de confesar nuestras enormes reservas hacia estos títulos. Sin embargo, hemos de ser muy cuidadosos a la hora de exteriorizar esta distancia. Permítasenos traer a colación unas palabras del profesor italiano Guido Armellini muy ilustrativas de lo delicado del asunto:

*«No hay que despreciar lo que ya leen nuestros chavales. Hay que saber diferenciar entre la escasa calidad de los objetos de consumo cultural, frente a los cuales puede ser útil tomar distancias, y el valor de las emociones que las chicas y los chicos proyectan sobre ellos, que merecen ser consideradas con respeto y simpatía.(...)No se trata de «cortear» sin más los productos de las culturas de masas que nuestros alumnos tal vez veneran, pero sí de respetar el valor de las emociones -anhelos, miedos, deseos, etc.- que sobre ellos proyectan».*



El reto, por tanto, es partir de esas emociones y tratar de aprovecharlas como palanca desde la que hacer llegar a obras maestras del género como las novelas de Jane Austen (**Orgullo y prejuicio**, **Sentido y sensibilidad**, **Mansfield Park**), las hermanas Brönte (**Jane Eyre**, **Cumbres borrascosas**) o incluso Mishima (**El rumor del oleaje**). Algunos pasos previos pueden ser las juveniles **El anillo de Irina**, de Care Santos; **Siete historias para la infanta Margarita** o **Los zapatos de Murano**, de Miguel Fernández Pacheco; una novela también de adultos como **Buenos días tristeza**, de F. Sagan o un clásico grecolatino -si bien breve- como **Dafnis y Cloe**, de Longo.

## Línea 4: En guerra

7

Conocido es el fenómeno surgido alrededor de *El niño del pijama de rayas*. No hay apenas adolescente que no lo haya leído -sin ser, a nuestro juicio, una de las mejores novelas sobre el Holocausto-. Pero, indudablemente, algo tiene el horror del nazismo que nos impele a conocer más y mejor lo ocurrido bajo su yugo. Aprovechemos pues, ese «tirón afectivo» para aproximar a los adolescentes a testimonios de mayor espesor literario: *La historia de Erika*, de Ruth Vander Zee (un libro para niños que puede leerse a cualquier edad); *El último gigante*, de Miguel Fernández Pacheco; *Reencuentro*, de Fred Uhlman; *Paradero desconocido*, de Kressmann Taylor; *El pianista del gueto de Varsovia*, de Wladyslaw Szpilman; *Si esto es un hombre*, de Primo Levi; *Sin destino*, de Imre Kertész; *El lector*, de Bernhard Schlink; o la novela gráfica *Maus*, de Art Spiegelman. Sobrecoge saber que muchos de ellos son relatos autobiográficos de quienes lograron sobrevivir al horror. Y ya para los más grandes, para quienes ya cumplieron los dieciséis, no podemos pasar por alto un libro que muestra el lado oculto de tantas guerras: el enorme sufrimiento de tantas mujeres convertidas en botín sexual por los vencedores, sean estos quienes sean. Nos referimos a *Una mujer en Berlín*, publicado sin el nombre de su autora precisamente porque responde a una biografía rota por mil y una vejaciones y atemorizada siempre por posibles represalias a una eventual denuncia.

También es mucho lo que se ha escrito en torno la guerra civil española. A nuestro pasado reciente se asoman algunos críos a través de diversos títulos de literatura infantil y juvenil (*Noche de voraces sombras*, de Agustín Fernández Paz, *Memorias de una vaca*, de Bernardo Atxaga). Otros lo hacen directamente a través de la literatura «de adultos»: «*La lengua de las mariposas*», de Manuel Rivas, relato incluido en el volumen *¿Qué me quietes, amor?*; *Luna de lobos*, de Julio Llamazares; *Réquiem por un campesino español*, de Ramón J. Sender o *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas. Tiempo tendrán de llegar a los Campos de Max Aub o *A sangre y fuego* de Chaves Nogales.

Si ya son lectores avezados y se atreven a avanzar en el territorio de la dictadura y la tortura, la novela hispanoamericana del siglo XX ofrece un buen puñado de títulos por los que transitar: desde *Primavera con una esquina rota* de Mario Benedetti a *La fiesta del chivo*, de Vargas Llosa. De otras guerras más lejanas no en el espacio sino en nuestra mirada nos habla la soberbia *Medio sol amarillo*, de la nigeriana Chimamanda Ngozi Adichie, lejos ya, como en todos los títulos de este apartado, de la denominada literatura juvenil.

## Línea 5: Novela gráfica

8

El apartado anterior nos lleva a un género muy en boga en nuestros días, el de la novela histórica, al que nosotros proponemos acercarnos a través de un formato específico: el de la novela gráfica. Niñas y niños siguen devorando hoy, como antaño sus padres, los cómics de Astérix y Tintín. Pero si antaño el cómic se consideraba socialmente una lectura «de segunda», esto es ya difícilmente sostenible en nuestros días; desde que, por ejemplo, la novela gráfica *Maus* (que antes citábamos) fuera merecedora del premio Pulitzer en 1992.

Por no perdernos en un aluvión de títulos propondremos *La invención de Hugo Cabret*, de Brian Selznick, para los más pequeños, y *Persépolis*, de Marjane Satrapi (que se abre en el año 1978, cuando la revolución islámica acaba con el gobierno del Sha), o *Jonas Fink* (1/La infancia, 2/La adolescencia, 3/La juventud), de Vittorio Giardino, para los que ya cumplieron los catorce. Esta última, no tan popular como las anteriores, está ambientada en la Checoslovaquia de los años del telón de acero y protagonizada por un muchacho cuya vida cambia bruscamente el día en que la policía política se lleva a su padre, el doctor Fink. Para quienes empiezan a dejar atrás la adolescencia una buena propuesta puede ser *Blankets*, de Craig Thompson.



La invención de Hugo Cabret



Blankets

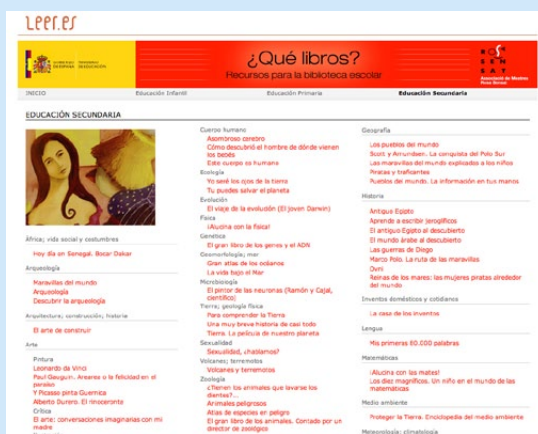




# Línea 6: Libros informativos

9

**P**ero leer no es solo leer literatura. Leer no es solo leer relatos de ficción. Son muchos los chicos y chicas atraídos por géneros como las biografías, el ensayo, la divulgación científica. Nada mejor que la biblioteca escolar o la biblioteca municipal para que se pierdan entre sus títulos hasta tropezar con aquello que en ese momento andan buscando. En este campo, sin duda, es mucho y muy bueno lo que se publica año tras año. Mucha también la ayuda que podemos recibir de bibliotecarios -o libreros- especializados y hospitalarios. Remitimos aquí de nuevo al enlace que ofrecíamos páginas atrás, valiosísimo mapa sobre el que trazar el propio itinerario:



Leer.es E.S.O.



Por no dejar de reseñar siquiera media docena de títulos, subrayaremos algunos que son apuestas seguras: ***El diablo de los números***, de Hans Magnus Enzensberger (que puede muy bien leerse entre los doce y trece años) o ***Boy. Relatos de infancia***, la autobiografía de Roald Dahl. También los ensayos dialogados como ***Papá, ¿qué es el racismo?***, de Tahar Ben Jelloun, ***La inmigración explicada a mi hija***, de Sami Naïr o ***Los niños preguntan. Los Premios Nobel contestan***, coordinado por Bettina Stielke. Y para quienes anden ya camino de los dieciocho, dos de los imprescindibles: ***Ébano***, de Ryszard Kapuscinski (radiografía del continente africano narrada de forma episódica a partir de anécdotas y experiencias de un autor que sabe no ponerse en medio) o ***La historia más bella del mundo***, de H. Reeves, J. de Rosnay, I. Coppens y D. Simonnet (narración sobre el origen del universo, de la vida y del ser humano, en forma de entrevista).

## Línea 7: De Bécquer a Szymborska

10

Niñas y niños se asoman a la literatura a través de la poesía -de nanas y retahílas, adivinanzas y romances-. La recitan y la cantan, la dibujan y la escriben también ellos mismos. Llega un momento, sin embargo, en que la aproximación escolar a la poesía cauteriza en muchos esta afición. Sin embargo, y por su cuenta, chicas y chicos siguen garabateando en sus agendas versos y estrofas, palabras de amor o proclamas de rebeldía. ¿Por qué renunciar a brindarles textos desde los que puedan «leerse y escribirse» mejor?

Hay buenas antologías de poesía para jóvenes en un montón de editoriales: *Poesía española para jóvenes*, seleccionada por Ana Pelegrín (Anaya); *Las cuatro estaciones. Invitación a la poesía* (Vicens Vives); *De todo corazón: 111 poemas de amor* (SM); y *Los lunes poesía: Antología de poesía española contemporánea para jóvenes*, de Juan Carlos Sierra (Hiperión). Hay incluso antologías específicas de algunos autores dirigidas a los lectores adolescentes. ¿Algunas apuestas seguras? Siempre Bécquer, Cernuda, Neruda, Lorca, Benedetti, Wislawa Szymborska, Ángel González o Bertold Brecht.



Reading inspires children



## Línea 8: ¡Al teatro!

11

El teatro es un género que desborda -con mucho- la mera lectura. De lo que se trata, entonces, es de acudir a verlo a una sala, a una plaza... ¿Qué podemos hacer desde las familias para contribuir a la afición de nuestros hijos por el teatro? Muy probablemente, como en tantas otras cosas, si nosotros somos aficionados, ellos lo acaben siendo. Pero no es menos cierto que quienes antes venían con agrado a espectáculos de títeres y marionetas, a mimos o musicales, empiezan ahora a rehuir el salir con los mayores. No obstante, si nosotros, adultos, seguimos yendo al teatro, quizá llegue el día en que para nuestra sorpresa nos pidan que saquemos alguna entrada de más.

En cualquier caso, y puesto que de leer hablábamos, hay adaptaciones de clásicos que crías y críos devoran con fruición. Nos referimos, por ejemplo, a la que de **Romeo y Julieta** figura en la colección «Clásicos a medida» de la editorial Anaya. Es tanto lo que les gusta, que quizá puedan entrar por esa puerta a otras obras de Shakespeare, y aunque la lectura de los textos quizá haya que dejarla para más adelante, un buen preámbulo puede ser el ver algunas de las versiones cinematográficas de un gran conocedor de la obra de Shakespeare como Kenneth Brannagh (**Como gustéis**, **Mucho ruido y pocas nueces**, **Enrique V**, **Otelo**, etc.), sin desdeñar otras versiones ambientadas ya en nuestros días y que contribuyen a constatar por qué llamamos «clásicos» a los clásicos. En ese sentido recomendamos el **Romeo y Julieta** protagonizado por Leonardo di Caprio y dirigido por Baz Luhrmann (1996) y el **Hamlet** encarnado por el actor Ethan Hawke y dirigido por Michael Almereyda (2000).

Hay, por supuesto, muchas obras que pueden disfrutarse leyendo a edades más o menos tempranas (desde la adaptación realizada por Ricardo Gómez de **La vida es sueño** de Calderón hasta el texto original de **Pedro y el capitán** de Benedetti, **Casa de muñecas** de Ibsen o **La casa de Bernarda Alba** de García Lorca). Pero nunca nos cansaremos de recomendar la vuelta a los clásicos con mayúsculas: Eurípides, Sófocles, Esquilo, Aristófanes, ni de sugerir el acercamiento de los más jóvenes a la ópera a través de las estupendas adaptaciones que hay de algunos de sus libretos.

No obstante, si hay un género que requiere la recepción colectiva es, sin duda, este, por lo que lo ideal para iniciar en él a nuestras hijas e hijos es, como antes decíamos, llevarlos al teatro... o animarlos a que ellos mismos se sumen a algún grupo de aficionados.





Y, naturalmente, si de viajes de ida y vuelta entre pantallas y libros hablamos, nada mejor que escuchar a los autores -o a los lectores- «en acción». Aquí van algunos enlaces:

- Entrevista con Christopher Paolini, autor de *Eragon* y *Eldest*, con motivo de la presentación del último título de la serie, *Legado*.

Vídeo: Entrevista con Christopher Paolini



- Entrevista con los escritores Fernando Lalana y César Mallorquí en torno a la naturaleza misma de la literatura juvenil.

Vídeo: Entrevista con F. Lalana y C. Mallorquí



- Tráiler de la película «Persépolis», basada en la novela gráfica (y en gran medida autobiográfica) de Marjane Satrapi.

Vídeo: Tráiler de "Persépolis"



- Recomendación de una lectora: *Intercambio con un inglés*, de Christine Nöstlinger.

Vídeo: Acerca de "Intercambio con un inglés"





## Para concluir: procurar entornos lectores

13

**E**s difícil concluir. La contribución de las familias al fomento de la lectura de los adolescentes tiene siempre algo de azaroso e impredecible. No obstante, no queremos dejar de ofrecer algunas sugerencias de carácter general que pueden ayudar a ello, aun partiendo de la base de que aquí no hay ni recetas ni atajos.

- 1 Hacer lo posible por que nuestras hijas e hijos crezcan en entornos lectores: que nos vean leer, en primer lugar; regalarles y regalarnos libros, ir y llevarlos a la biblioteca, hablar de libros en casa, interesarnos por sus lecturas. Leerles, si se dejan, en voz alta. No descalificarlos, no agobiarlos. Y si la lengua familiar no es la lengua de la escuela, alentarlos a que lean en una lengua y otra...
- 2 Procurar experiencias que estimulen el gusto por la lectura: ir al cine, a museos, al teatro; hablar de temas «culturalmente relevantes», socialmente importantes. Conectando con lo que decíamos al comienzo, y puesto que leer no es solo leer literatura, la práctica del debate en familia sobre temas de interés desde el punto de vista político, ético, científico, etc. hará a buen seguro que nuestros adolescentes acudan luego a Internet en busca de nueva información, nuevos argumentos, nuevos y diversos puntos de vista. Será el resquicio desde donde poder ayudarlos quizá también a distinguir las voces autorizadas de los ecos y las

mentiras interesadas... Contribuir a la formación de lectores en los años de la Educación Secundaria es contribuir también a formar lectores críticos, a desarrollar la práctica de la deliberación argumentada, la capacidad de seleccionar y contrastar fuentes; de informarse, en definitiva, a través de la red, y seguir aprendiendo de manera autónoma en esa biblioteca infinita.

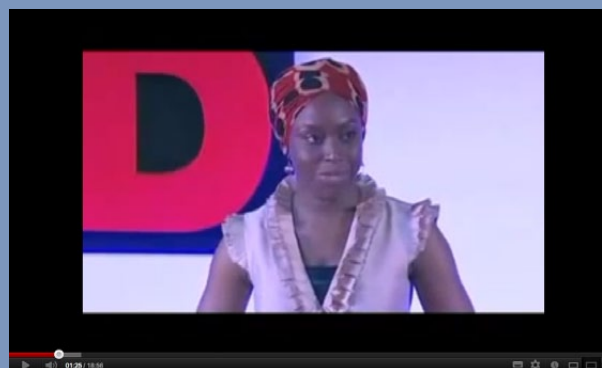
- 3 Desarrollar las habilidades de interpretación: el hecho de compartir impresiones y opiniones sobre libros, sobre películas, sobre series de televisión, puede ayudar a desarrollar en los más jóvenes habilidades de interpretación: argumentar qué tiene de novedoso, o de endeble, o de tramposo un esquema argumental, una arquitectura narrativa, un desenlace; poner en relación un título con otros títulos que bien por medio de la escritura o bien por medio de otros lenguajes abordaron los mismos temas, los mismos problemas; ayudar a detectar estereotipos y prejuicios, sean de la índole que sean... Nuestros pequeños sonreirán tal vez a veces ante nuestro cuestionamiento permanente de lo que vemos o leemos, pero acabarán a buen seguro por sobrepasarnos y habituarse a leer no solo entre líneas sino también tras las líneas. Acabarán -acabaremos- por hacer extensiva esta actitud a otros tipos de lectura: la de los titulares de prensa o de los telediarios, de los carteles electorales o los anuncios publicitarios. Ese debiera ser, en fin, uno de nuestros puntos de llegada: favorecer la activación de detectores de mentiras, como tiempo atrás señalara Bertrand Russell en relación a los objetivos de la educación.
- 4 Procurar estar al tanto, desde la sombra, de lo que se cuece en torno a la lectura para jóvenes: frecuentar los catálogos en línea de diversas editoriales, los portales sobre el fomento de la lectura, las revistas especializadas sobre literatura infantil y juvenil; asistir a clubes de lectura o intercambiar inquietudes y propuestas con otras familias bien en foros presenciales o bien a través de la red.

Y concluimos ya con dos citas ajenas, absolutamente certeras. La primera, de Michèle Petit, nos llega a través de la palabra escrita y nos recuerda la importancia que los adolescentes tienen de leerse y escribirse y de sentirse también escuchados:

*«Únicamente me gustaría agregar que los jóvenes no son marcianos y que, como usted o como yo, tienen una gran necesidad de saber, una necesidad de decir bien las cosas y de decirse bien, una necesidad de relatos que constituye nuestra especificidad humana. Tienen una exigencia poética, una necesidad de soñar, de imaginar, de encontrar sentido, de pensarse, de pensar su historia singular de muchacho o de muchacha dotado de un cuerpo sexuado y frágil, de un corazón impetuoso y que duda; de pulsiones y de sentimientos contradictorios que integran con dificultad, de una historia familiar compleja que muchas veces contiene lagunas. Sienten curiosidad por este mundo contemporáneo en el que se ven confrontados a tanta adversidad, y que les deja muy poco espacio. Tienen también, como verán, una gran necesidad de ser escuchados, reconocidos; una gran necesidad de dignidad, de intercambio, de encuentro personalizado».*



La segunda, de la escritora nigeriana Chimamanda Ngozi Adichie, nos llega a través de la fuerza de la palabra hablada y nos recuerda la necesidad de acercarnos al mundo a través de narraciones diversas. Nos alerta, en definitiva, de «El peligro de una sola historia». Contra él puede inmunizarnos el bendito hábito de leer.



El peligro de una sola historia

